

El libro cuenta con unos cuadros explicativos que proporcionan los datos necesarios para conocer aspectos de la vida religiosa en el Madrid del momento. Igualmente, es de agradecer el índice onomástico, así como el elenco de fuentes documentales y bibliografía.

Me parece un libro de consulta obligada que puede servir también para contextualizar el ambiente social y eclesástico en que vivió san Josemaría en sus primeros años madrileños.

Santiago Casas

Ángel GUERRA SIERRA, *Hombres de ciencia, hombres de fe*, Madrid, Rialp, 2011, 236 pp.

«Asumimos con frecuencia que entre ciencia y religión siempre hubo un antagonismo inevitable e irreducible. Pero lo que la Historia revela es que no fue así, sino que hubo más etapas de mutua fecundidad y convivencia que de conflictos» (pp. 45-46). Estas palabras del autor esclarecen su deseo de mostrar «la compatibilidad y la sintonía entre ciencia y religión, al hilo de personas que emplearon su talento para profundizar en el mundo natural y demostraron también una profunda fe» (p. 11).

Para el autor, la fe personal no sólo es compatible con la actividad científica, sino que potencia los anhelos de verdad que los seres humanos encuentran en su interior. Por eso, «a lo largo de la historia muchos grandes científicos y pensadores han tratado de añadir al trabajo una respuesta a sus inquietudes interiores. Han conectado el atractivo y la satisfacción subjetiva de sus propios descubrimientos con una Verdad que lo explica y lo invade todo» (pp. 13-14).

El libro repasa algunas ideas fundamentales sobre el origen del universo y la estructura de la materia, la exégesis bíblica y la dignidad de la persona humana. Expone lo que la ciencia debe al cristianismo y los valores que aparecen en la actividad de los científicos. Afronta el problema del mal físico y los fundamentos de la cuestión ecológica. El autor muestra además un serio conocimiento de la mayoría de las disciplinas que aparecen en sus páginas, ofreciendo una explicación divulgativa, pero profunda, de las contribuciones de cada científico.

Ciertamente, los intelectuales que aparecen en el libro son heterogéneos, y algunos de ellos no son hombres de ciencia en sentido estricto. Sin embargo, el autor conserva una línea argumental clara: no se trata de mostrar necesariamente una contribución teórica sobre el modo de entender la relación entre ciencia y fe, sino el testimonio y el ejemplo de científicos creyentes. En ese sentido, la lista de autores supone una excelente selección de pensadores que no se conformaron con explicaciones parciales y supieron ampliar el horizonte de su inteligencia. Fueron hombres que no pensaron que la racionalidad de la realidad quedaba circunscrita a aquello que podía descubrir la ciencia. Escudriñaron las claves del mundo natural y mantuvieron una honda reli-

giosidad personal. Entre ellos figura José María Albareda, uno de los primeros fieles del Opus Dei, que destacó como edafólogo y como impulsor de la investigación científica en España durante más de un cuarto de siglo, a partir del final de la Guerra Civil.

La postura del autor respecto de las relaciones entre ciencia y fe es que «conservando su propia independencia y autonomía, entre ciencia y religión hay puentes sólidos por los que transitar; la convergencia es posible a distintos niveles» (p. 220). Y este libro muestra la fecundidad de la fe en la vida de muchos científicos.

Javier Sánchez-Cañizares

José Antonio ÍÑIGUEZ HERRERO – Pablo ÁLVAREZ ÁLVAREZ, *Carlos Martínez, pescadero: un revolucionario que se encontró con Dios*, Madrid, Palabra, 2011, 174 pp.

Este libro se basa en los apuntes autobiográficos que Carlos Martínez dejó para la posteridad, con la finalidad de testimoniar su gratitud a Dios y a san Josemaría por inspirarle un estilo de vida que le hizo feliz.

Nacido en Oviedo en 1920, en el seno de una familia numerosa y con escasos recursos, pronto hubo de abandonar los estudios y empezó a trabajar en una pescadería. Con diez años, formaba parte de la célula comunista de su barrio, vivió el levantamiento de Octubre del 34 y conoció la cárcel durante la Guerra Civil. Luego intentó hacer carrera literaria en Madrid, donde llegó a conocer a importantes escritores de la época, pero acabó por incorporarse a la Legión y, de vuelta a Asturias, entró a trabajar de nuevo en una pescadería. Hombre de coraje y profundamente solidario, Martínez se volcó en ayudar a la comunidad gitana del extrarradio. Tras entrar en contacto con la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC), comenzó a percibir las llamadas cada vez más apremiantes de Dios. Tras su conversión, en 1954 se incorporó al Opus Dei, donde entregó su vida a Dios en celibato apostólico. Desde entonces, desarrolló una intensa labor de apostolado cristiano en Oviedo y las cuencas mineras. Además, fue uno de los promotores de la Asociación Peñavera, primera obra de apostolado corporativo del Opus Dei en Asturias. Murió en el año 2000.

El contenido del libro, escrito con elegante estilo, queda muy bien resumido en una cita del propio protagonista y que sirve de cierre: «Como miembro del Opus Dei pude vivir la aventura del desarrollo del apostolado en nuestra querida tierra asturiana, que ha movido a tanta inconformista juventud y a tantos recios hombres de la cuenca minera. Una lucha contra la ignorancia y la pobreza, a favor siempre de la dignidad del hombre, y que ha tenido un núcleo muy representativo en el Centro Cultural Peñavera, que ha unido tantas voluntades y esfuerzos en esa oculta y prodigiosa epopeya de formar de cara a Dios a cientos de estudiantes y trabajadores».

Ángel García Prieto